

COSME. El ú otro, ¿qué más me da? no es uno de los míos, y yo quiero que lo que he ganado con el sudor de mi frente no salga de la familia; es suyo, les pertenece, y lo tendrán. No conozco más que un marido que pueda convenirle á Isabel: Carlos, mi sobrino.

ANA. ¿Carlos?

COSME. ¿Dónde hay un muchacho más honrado, de mejor índole, más juicioso, más valiente? ¿No quieres que dé Isabel á mi sobrino!

ANA. Sí, esposo mío, sí; me parece muy natural, (¡pobre Carlos!) pero...

COSME. Pero, pero... ¿qué diablos de objeciones me vas á hacer? ¿Es posible que en quedándonos solos siempre has de hacer la oposición! Sólo delante de gentes eres ministerial. Pues, no hay más; ese ha sido siempre mi plan, y si no te lo he dicho antes, es porque hace tiempo que he notado una cosa que me aflige por cierto.

ANA. ¿Qué cosa?

COSME. Tú sabes cuánto quiero á Carlos; es mi consuelo, mi apoyo; después de tí, es la persona que más quiero en el mundo. Ya se ve, como tú eres buena y amable, le quieres porque yo le quiero, por darme gusto, pero no es eso lo que yo quisiera.

ANA. ¿Qué dices?

COSME. En una palabra, te cuesta trabajo; ¡no parece sino que tienes miedo de agasajarle, de manifestarle cariño! A veces le tratas con cumplimiento, y aún á veces mal; sí, señor, mal.

ANA. ¡Yo!

COSME. Te lo probaré; por ejemplo, no pudiendo yo abandonar mi casa y mis negocios, deseaba que él te hubiese acompañado en tu viaje; tú preferiste ir sola con tu sobrina y una doncella. Yo no te quise contradecir, pero fué para mí un sentimiento, y para él también.

ANA. ¿Para él?

COSME. ¡Voto va! él no gasta parola; no dice frases, no dice nada; pero allá en sus adentros ya sé yo que nos quiere... á los dos. Mientras yo he estado malo, él se ha puesto á dirigir la casa; y ¡pardiez! aunque no era esa su carrera, lo hacía mejor que yo; mejor: al cabo tiene sobre mí la ventaja de la poca edad, de la actividad... ¡y qué celo! Pues ¿y para contigo? no digo nada. Siempre á tus órdenes: se dejaría él matar

por alcanzarte un billete para la ópera ó para un baile. Y eso, eso es lo que necesitamos para ser felices; eso vale algo más que un extraño, que un desconocido. Está resuelto; y, supuesto que hemos hablado de esto, hoy mismo es preciso que empieces á darle á conocer nuestros planes.

ANA. (*Turbada.*) ¡Yo!

COSME. Tú. ¿Quién mejor?... El no se opone nunca á tus deseos; á tí te será más fácil que á nadie persuadirle.

ANA. (*Turbada.*) Probaré al menos.

COSME. Es preciso; sino creeré que tienes un interés decidido en proteger al vizconde.

ANA. ¿Pudieras creer?...

COSME. ¡Oh! Sí; tú siempre te has inclinado á los señores; ya se ve, la cabra tira al monte. Pero yo, que no tengo nada que ver con ellos...

ANA. ¡Esposo mío!

#### ESCENA VII

Dichos; CARLOS, pensativo, y hacia el fondo

COSME. Ahí le tienes; siempre pensativo, siempre triste. ¿Qué diablos tiene? Carlos...

CARL. (*Volviendo en sí.*) ¡Ah! tío.

COSME. Acércate; tu tía tiene que hablarte.

CARL. (*Con viveza.*) ¿De veras? aquí estoy.

COSME. (*Sonriéndose.*) ¡Hola! parece que eso te ha sacado de tu letargo. Yo tengo que dar algunas instrucciones á mi cajero, que marcha dentro de poco.

CARL. Lo sé. Para esa empresa que piensa usted establecer en la Habana.

COSME. Precisamente.

CARL. Bonita especulación; bien manejada sobre todo.

COSME. Así lo espero. Pero tengo entre manos otro proyecto por acá que me interesa más... aquí nos estábamos ocupando de él... pienso en tu porvenir, en tu felicidad. Mi mujer te contará. Ahí te quedas, pues, charlen ustedes. (*Vase.*)

#### ESCENA VIII

DOÑA ANA; CARLOS, asombrado y siguiendo con los ojos á su tío

CARL. ¿Qué tiene mi tío?

ANA. ¿Qué tiene? Carlos, quiere casarte.

CARL. ¡Ah! ¿Eso llama él mi felicidad? Espero que no tratarán de hacerme feliz á pesar mío, y como yo no he de consentir...

ANA. ¿Cómo? ¿sin conocer á la que te destinan?

CARL. (*Amargamente.*) No dudo que será rica, joven, amable; en una palabra, perfecta. Pero, sea quien fuere, desde ahora rehuso todo partido. Ni amor, ni matrimonio... jamás. Bien estoy así.

ANA. ¡Tan feliz eres!

CARL. ¿Feliz yo? Soy el más desdichado de todos los hombres.

ANA. (*Con viveza.*) ¿Por qué?

CARL. Ni lo sé. Una fiebre lenta me consume y me mata; sin esperanza, sin porvenir, esta vida, que empiezo ahora á recorrer, me parece acabada para mí.

ANA. ¿Quién, sin embargo, pudiera tener esperanzas más lisonjeras? Estimado, querido de todos, la fortuna te llama.. la gloria acaso, los honores.

CARL. ¡Gloria! ¡honores! ¿Y para qué? ¿A quién puedo ofrecer esos bienes? ¿Quién se interesa por mí?

ANA. ¿Quién? ¿nosotros, Carlos, no somos nadie, tus parientes, tus amigos?

CARL. Sí; yo lo sé, todos ustedes me quieren...

ANA. Pues, si lo sabes, ¿por qué hablar así? no me toca á mí, lo sé, aconsejarte. Pero si mi edad me priva de ese derecho, mi cariño, acaso, me le da. Vamos á ver; confíamelo todo; soy tu tía, tu amiga.

CARL. Bien... sí... su confianza de usted obliga la mía. Usted sola conocerá mi situación. Amo, pero sin esperanza de ser amado, más, sin querer serlo jamás; porque si lo fuese huiría al fin del mundo.

ANA. ¡Insensato! ¿Has podido dar entrada en tu corazón á una pasión culpable?

CARL. ¿Culpable? ¿quién lo ha dicho?

ANA. Las penas que sufres, porque un amor puro y legítimo no proporciona más que felicidades. Pero vuelve en tí, reflexiona adónde puede conducirte un amor semejante.

CARL. ¡Ah! nunca ha amado usted cuando me hace esa reflexión: ¿adónde puede conducirme? á amar, á sufrir, y esos tormentos mismos constituyen la felicidad de mi existencia. Lejos de evitarlos, los busco, los deseo, y, últimamente, mi tío lo ignora: me habían ofrecido un destino, un buen destino, lo he rehusado; era preciso alejarme de ella, era forzoso salir de Madrid.

ANA. (*Conmovida.*) ¡Ah! ¿está en Madrid?

CARL. ¡En Madrid!

ANA. ¿Y no has pensado nunca en su tranquilidad, que podías perturbar... en su vida, que podías llenar de amargura?...

CARL. ¡Ah! señora, si ese amor tan dulce á la par y tan cruel pudiese alterar su tranquilidad... si yo pudiese creerlo... Es imposible, su virtud la coloca sobre mí, y á Dios gracias, yo soy sólo el desgraciado.

ANA. Si lo eres, es porque quieres, porque te entregas sin defensa al peligro, en lugar de huir de él, ó de arrostrarle. Yo no soy más que una mujer, y hartó débil sin duda, pero si algún día, por mi desgracia, tuviese que luchar con sentimientos semejantes á los tuyos, lejos de ceder á ellos cobardemente, moriría, tal vez, pero triunfaría. ¿Tendrás tú menos valor? ¿tendré que darte yo lecciones de valor y de energía? Vamos, Carlos, amigo mío, créeme; no hay sentimiento, por profundo que sea, que la razón no pueda subyugar, ¡ni desgracia tan grande que no pueda soportar y vencer nuestro corazón! Yo te ofrezco mi apoyo, mi auxilio, y, si eres lo que creo, si eres digno de mi aprecio, tú seguirás mis consejos.

CARL. Bien. Hable usted.

ANA. Tu tío quiere casarte con Isabel.

CARL. ¿Isabel, mi prima? imposible; la quiere otro, el vizconde mi amigo.

ANA. Es preciso persuadirselo á tu tío.

CARL. Lo haré.

ANA. Otros partidos habrá.

CARL. Jamás para mí: lo he jurado. Nada espero de la que amo, pero le conservaré siempre entero este amor, que ella ignora, y unos juramentos que no ha recibido.

ANA. Enhorabuena. Hay otro medio que asegurará tu tranquilidad, y la suya tal vez... ese destino que te han ofrecido, y que te aleja de Madrid, es preciso aceptarle.

CARL. ¿Privarme de su presencia? ¡de mi felicidad! ¿qué le he hecho yo á usted para que me dé un consejo de esa especie?

ANA. Sin embargo, es preciso seguirle; sólo así puedes conservar mi amistad: elige.

CARL. Jamás.

ANA. Caballero, le creí á usted digno de mis consejos, le dejo á usted abandonado á sí mismo; nada tengo que decirle. (*Carlos se aleja, echa una mirada al salir á doña Ana, que no le mira; suspira y sale.*) ¡Ah, qué mal proceder!

#### ESCENA IX

DOÑA ANA

¿Por qué me inquieta su partida? desterremos para siempre su memoria: quiero, sí: (*Se*

*sienta.*) no puedo... presente le temo; ausente, le echo menos, al verle me sonrojo, su nombre me hace temblar. Sin embargo, nunca me ha dicho que yo... debiera ignorarlo. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Dame fuerzas para resistir; protégeme contra mí misma.

## ESCENA X

DOÑA ANA, DON COSME

COSME. Vamos. (*Al paño.*) ¿Qué niñerías son estas?

ANA. ¡Mi marido!

COSME. (*Hablando consigo mismo.*) ¿Los hombres han de ser hombres?

ANA. ¿Qué hay?

COSME. Don Jorge, mi cajero, que, cuando yo le estoy hablando de vinos de Málaga, de azúcar y de café, da en la gracia de enterrecerse; casi iba á llorar.

ANA. ¿Por qué?

COSME. Ni me escuchaba pensando en su mujer y en su hijo. ¿Qué diablos? es preciso estar en lo que se hace; además, que hay tiempo para todo. Yo no digo que no sea uno sensible, pero á ciertas horas, acabados los negocios. Aquí me tienes á mí; ya estoy libre. ¿Y qué? ¿has visto á Carlos? ¿Cuándo es la boda? ¿Está ya decidido?

ANA. (*Turbada.*) No del todo, pero espero que...

COSME. (*Alegremente.*) Eso es otra cosa, con tal que al fin se verifique; si ellos no tienen prisa yo tampoco, gracias á una idea que me ha ocurrido.

ANA. ¿Cuál?

COSME. La ausencia de don Jorge me va á sobrecargar de negocios, y he pensado en agregarme mi sobrino, que precisamente está desocupado.

ANA. (¡Dios mío!)

COSME. Me le asocio; vivirá con nosotros, al lado de su prima, de su futura; no se separará ya nunca de nosotros.

ANA. (¡Soy perdida!) ¿Y crees que lo aceptará?

COSME. Estoy seguro; por darme gusto, me ayudará á llevar mi casa, me servirá de compañía continuamente, y en mis ausencias no te quedarás tú sola, él te distraerá, te consolará; ahora sobre todo, has dado también en la flor de hacer la sentimental, y de estar siempre mala, y...

ANA. Es verdad, pero creo que me aliviaría mucho si tuvieses la bondad de concederme lo que tantas veces te he pedido.

COSME. (*Admirado.*) ¿Cómo? ¿Ese proyecto de que me volviste á hablar el otro día?

ANA. Precisamente. Déjame salir de Madrid, déjame ir á pasar algunos meses á nuestra hacienda de Andalucía.

COSME. ¡Qué diablo de idea! ¡Es que cuando las mujeres se empeñan en una cosa! ¡Desde que empezó el invierno le ha tomado una afición al campo! ¡Vaya, Señor! Ya van cuatro veces que viene con la misma canción, ¡y en qué tiempo!... hágame usted el favor.

ANA. No me importa. Todas las estaciones me son iguales.

COSME. Pues á mí no. ¿Acaso puedo yo estar separado todo el año de tí? Pues qué, ¿se me ha olvidado ya el verano? Mi sobrino y yo, aquí solos, ni sabíamos qué hacer, ni... en este caserón que me parece mayor todavía cuando tú no estás. Adiós sosiego, y felicidad, y... no parece sino que te lo llevas todo contigo.

ANA. (*Enterrecida.*) Pues bien, vente conmigo.

COSME. ¿Contigo? Ya se ve que iría, si pudiera, pero ¿y mi comercio, y la casa? ¡Oh! no, no, no. Yo no puedo apartarme de mi casa, y, después de haber trabajado todo el día, necesito verte á mi lado, y hablar, y... Esto me distrae, me alegra; en una palabra, te necesito, no puedo vivir sin tí, es imposible.

ANA. Sin embargo, si me quieres, acabarás por concederme lo que te pido: padezco aquí demasiado.

COSME. Si fuese por tu salud no vacilaría; pero precisamente los médicos han dicho que no te conviene.

ANA. No importa; déjame partir.

COSME. Pero ¿quién diablos te echa de aquí? ¿Qué te obliga?

ANA. Es preciso.

COSME. ¿Y por qué? sepamos.

ANA. Querido esposo, ¿no tienes bastante confianza en tu mujer para?...

COSME. ¿Confianza? ilimitada.

ANA. Entonces no me preguntes más, fíate de mí, y déjame partir.

COSME. No, ¡pardiez! no; mil veces no. Maldito si comprendo un empeño semejante; preciso hay algo aquí. ¡Oh! yo lo sabré, quiero saberlo; lo exijo.

ANA. Imposible.

COSME. ¿Con que hay algo? ¿Y no lo sabré?

Pues bien, no concedo nada, no te separarás de mí.

ANA. (*En la mayor turbación.*) ¡Dios mío! no queda ningún medio, que yo sepa al menos.

COSME. ¿Qué dices?

ANA. Que, sometida á tí, á mis deberes, he creído por espacio de mucho tiempo que no había cosa en el mundo ajena de ellos que pudiese hacerme impresión; me he equivocado. Hay sentimientos que no dependen de nuestro corazón ni de nuestra voluntad, que nacen á pesar nuestro, y contra los cuales no hay defensa, porque cuando una empieza á temerlos han echado ya raíces.

COSME. ¿Cómo?

ANA. No; no es decir que debas alarmarte, ni que este corazón haya dejado nunca de ser tuyo; es tuyo, sí, por deber, por gratitud, por... y á Dios gracias soy digna de tí, nada tengo que echarme en cara, pero acaso no pudiera decir siempre otro tanto. Tú eres mi mejor amigo, mi guía, mi protector... permíteme que ceda á unos temores infundados acaso, pero que suscita en mí la conciencia de mis deberes y el cariño que te tengo.

COSME. ¡Santo Dios! ¿Qué acabo de oír? ¿Amarías á otro?

ANA. (*Bajando los ojos.*) No, no; pero temo... No sabe... no lo sabrá jamás. (*Con viveza.*) Y para afianzarlos más, quiero huir.

COSME. ¿Y ese hombre quién es? ¿Quién?

ANA. ¿Qué te importa?

COSME. ¿Y por qué le amas?

ANA. No he dicho eso.

COSME. Pero yo lo sé, lo creo, (*Fuera de sí.*) estoy seguro, era preciso haberlo impedido, no haberlo sufrido jamás, dominarse, vencerse; siempre es uno dueño de sí mismo.

ANA. ¿Lo eres tú en este momento?

COSME. ¡Voto va! ¡Eso es otra cosa! no es amor lo que yo tengo, es ira, es rabia; contra tí, contra todo el mundo.

ANA. ¿Qué más he podido hacer yo sin embargo? ¿He hecho mal en confiarme á tí? ¿en recurrir á mi marido? ¿en implorar su protección?

COSME. No, no; eso no, has hecho bien, sí. Yo soy quien pierdo la cabeza... aunque jamás se haya hecho á un marido semejante confesión, te creo, eres virtuosa, te estimo, te

respeto. A él solo es á quien aborrezco. ¿Cómo se llama? ¿quién es? nómbramele, su nombre. ¡Oh! estoy seguro de que le conozco, de que le detesto, de que le he abominado siempre, y si le encuentro...

## ESCENA XI

Dichos, RODRIGUEZ

ROD. (*Anunciando.*) El señor vizconde de Miralta.

ANA. ¡El vizconde! ¡Ah, Dios mío! vendrá por la respuesta.

COSME. En eso estamos pensando. ¡Que se vaya!

ANA. ¿Qué haces? Una grosería; imposible, pero, ¿cómo recibirle ahora, cómo disculpar?... En este momento, suplicale que espere en la sala. (*A Rodríguez.*) Dile que voy allá, que una ocupación... que me estoy vistiendo.

ROD. Bien, señora, bien. (*Vase.*)

COSME. ¡Cuántos cumplimientos para un vizconde! (¡Ah! ¡qué idea! si fuese... los baños... El es, sí, estoy seguro.)

ANA. ¿Qué tienes?

COSME. Nada, absolutamente nada; déjame, entrate ahí. (*Doña Ana va á salir por la puerta del foro, don Cosme le señala la de la derecha.*) No, ahí, á tu cuarto.

ANA. Pero ¿qué significa esto?

COSME. (*Conteniendo su cólera.*) Quiero que me deje usted; lo exijo, lo mando.

ANA. ¡Ah! me haces temblar; obedezco, obedezco.

## ESCENA XII

DON COSME

Sí, sí, es él, debe ser él, yo lo sabré: le insultaré delante de todo el mundo, si es preciso; le preguntaré por qué quiere á mi mujer, por qué es correspondido. ¡Oh! no temo el ruido, me es igual, necesito escándalo; y, si se ofende, le mataré, ó me matará él á mí. Está en mi casa, está aquí, espera á mi mujer. No será ella quien reciba su visita: yo, yo. (*Da un paso para salir, y entra Carlos.*) ¡Mi sobrino!

## ESCENA XIII

CARLOS, DON COSME

COSME. ¡Cielos!

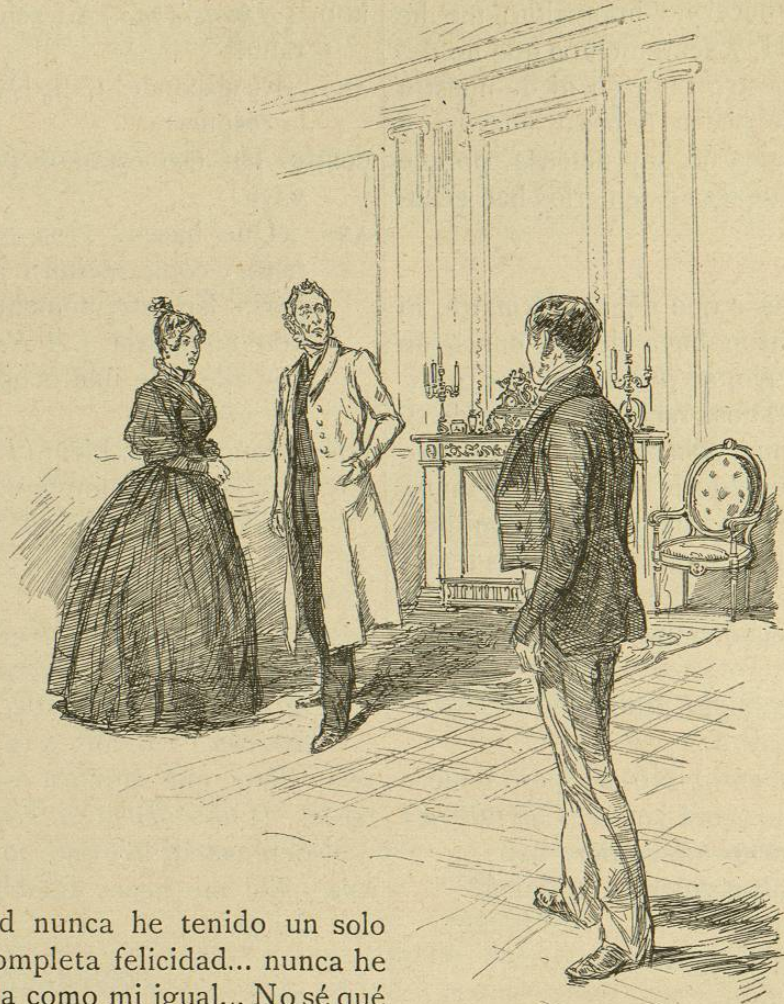
CARL. ¿Qué tiene usted?

COSME. ¡Oh, cómo deseaba verte y abrazarte...!  
Adiós, adiós.

CARL. ¿Adónde va usted?

COSME. A vengarme.

CARL. ¿De quién? Por Dios modérese usted, no dé usted una campanada, no provoque un escándalo. ¿Quién le ha ofendido? Hable usted.



esta intimidad nunca he tenido un solo instante de completa felicidad... nunca he podido mirarla como mi igual... No sé qué especie de respeto y de superioridad me aleja de ella y me impone... Ni á amarla me atrevo, y por colmo de mi desgracia... yo mismo, á pesar del estudio que ponía en agradarme, he conocido mil veces que no es dichosa, que se avergüenza en el mundo de su marido...

CARL. ¿Qué dice usted?

COSME. Sí, y esa es mi desesperación, el haber de conocer yo mismo que le soy inferior, que no la merezco... ¿Por qué la han sacrificado...? ¿Por qué me la han vendido? Yo hubiera encontrado entre mis iguales una compañera educada como yo, una mujer de mi clase que nunca me hubiera despreciado.

CARL. ¡Qué idea!

COSME. ¡Ah! bien quisiera; pero no puedo, no me atrevo... sí, bien, ¿á quién pediré consejo? ¿á quién confiaré mis penas, sino á mi mejor amigo?

CARL. ¡Penas! ¿Y quién las causa?

COSME. ¿Quién sino la persona que amo más en el mundo? ¡mi mujer! ¡Tú sabes si la quiero...! Pues bien... en este matrimonio, en

COSME. Que me hubiera estimado y respetado, querido tal vez.

CARL. ¿Y qué puede usted pedirle á la que ha escogido? ¿Puede usted dudar por ventura de su cariño?

COSME. Sí, Carlos, sí; dudo: hoy dudo; ni ¿cómo pudiera ser de otra manera? Me contemplo á mí mismo, y me hago justicia. En esa sociedad que la rodea todos tienen otra educación, otro talento, otro... ¡qué sé yo! ¿No son todos jóvenes más amables que yo? ¡Voto va!

CARL. ¿Y puede usted suponer que su mujer... que la virtud misma fuese capaz de engañarle...?

COSME. ¡Engañarme! No es eso lo que quiero decir... antes me quejo de su franqueza. ¿Por qué ha tenido tanta confianza, ó por qué no la ha tenido completa? Sí; porque... ella ha sido, (*A media voz.*) ella misma, la que me ha confesado... ahora... que prefiero, que ama á otro.

CARL. (*Fuera de sí.*) ¿Qué oigo? ¡Cielos! ¿Y lo ha sufrido usted, y lo sufre usted todavía?

COSME. Carlos, tú, que hace poco me encargabas la moderación...

CARL. Es que yo soy quien debe castigar semejante ultraje.

COSME. (*Deteniéndole.*) ¡Carlos, amigo mío!

CARL. Déjeme usted. ¡Estoy furioso!

COSME. No saldrás de aquí... lo exijo; lo mando.

CARL. Es inútil... su nombre nada más... su nombre.

COSME. He ahí precisamente lo que yo no sé... lo que se ha negado á confesarme. Pero sospecho que es el vizconde.

CARL. ¡El vizconde!

COSME. A eso salía cuando has entrado; á averiguarlo, á hacérselo confesar á él mismo.

CARL. ¿Qué dice usted? ¿Iba usted á comprometer á su mujer? Por otra parte, es un error. El vizconde tiene otras miras, lo creo al menos... ¿Y por parte de mi tía qué motivos tiene usted para sospechar...?

COSME. Escucha... Es un hombre á quien teme... de quien quiere huir... Ya varias veces antes de ahora me había hablado de un viaje... pero de una manera vaga, sin insistir... Pero hoy ha sido con empeño... me lo ha rogado... ¡al instante, dice...! Preciso es, pues, que hoy mismo, esta mañana, hace poco, la presencia de alguien haya despertado esos sentimientos en su corazón y la haya decidido á hacerme una confesión de esa especie.

CARL. ¡Cielos!

COSME. ¿Tú sabes acaso...?

CARL. No, nada.

COSME. Pues bien, yo lo sabré... Preciso será que me lo diga; de lo contrario, infeliz... No me conoce.

CARL. Por Dios, cálmese usted.

COSME. Dices bien: podría echarlo todo á perder, conozco que yo no haré más que desatinos. Pero tú, tú que eres nuestro amigo, tú tendrás acaso más ascendiente, más talento... es preciso que la hables.

CARL. ¡Yo!

COSME. Por su mismo interés, aconséjala que

me lo diga; si cede, no hay cosa que yo no pueda hacer por ella; pero si se resiste, hazle ver que la paz de nuestro matrimonio, que nuestro porvenir, que toda nuestra felicidad pende sólo de eso. En fin, Carlos, fío en tí, arrégalo lo mejor que puedas... ¿Me lo prometes? ¿sí...? adiós, Carlos, adiós. (*Se entra por la izquierda.*)

## ESCENA XIV

CARLOS

¡No puedo explicarme lo que pasa por mí! Pero, á pesar mío, se ha deslizado una idea en mi corazón, una idea que me haría el más feliz de todos los hombres, ó acaso el más desgraciado. No, no, no es posible... ¡no quiero pensar en ello! ¿Yo criminal? ¡Jamás; yo propio me daría el castigo. ¡El exceso mismo de mi felicidad me mataría! (*Va á salir á tiempo que entra doña Ana.*) ¡Es ella!

## ESCENA XV

DOÑA ANA, CARLOS

ANA. ¡Yo muero de impaciencia!... Mi marido... Es preciso verle... ¡Cielos! ¡Carlos! (*Dejándose caer sobre un sillón.*) ¡Dios mío!

CARL. Señora, ¿qué tiene usted?

ANA. Nada... no quiero nada... quiero estar sola.

CARL. ¿Cómo he de abandonarla á usted en ese estado?

ANA. No tengo nada; (*Esforzando una sonrisa.*) acababa de tener con tu tío una explicación, en la cual la razón estaba sin duda de su parte.

CARL. No creo...

ANA. (*Admirada.*) ¿Quién te ha dicho...?

CARL. El mismo, que acaba de confiarme la causa de sus penas.

ANA. ¿A tí...? ¡Santo Dios! (*Conteniéndose y procurando disimular.*) Espero, Carlos, que conociendo, como yo, el genio de tu tío, y sus arrebatos, no darás crédito á ideas cuya falsedad no tardará él mismo en conocer.

CARL. Señora, sólo creo que usted merece el respeto del mundo entero, y que es usted la misma virtud.

ANA. ¡Ah! estoy lejos de merecer esos elogios.

CARL. Y muchos más todavía.